



Tánger

acodado en la borda del ferry el viajero ve una colina de casas blancas que descienden apiñadas hasta la playa de herradura y los tinglados del puerto. El vientecillo fresco humedece su rostro con gotas salobres y agita los borreguillos blancos de las olas. De noche tal vez una patera atestada de cuerpos oscuros y dolientes haga el camino inverso para arrojarlos a la playa de la otra orilla del estrecho, que es como hacer pie en el paraíso. Es mediodía, las once en Marruecos.

De Tarifa a Tánger hay algo más de una hora de viaje. En lo alto de la *kasbah* dos torres centinelas vigilan la ciudad. Una es la aguja de la catedral católica y la otra el minarete de la mezquita nueva, en la plaza Kuwait, algo más alto para indicar que el mundo marroquí ha expulsado la vida cosmopolita que vivió la ciudad desde 1914 hasta la independencia en 1956. La película *Casablanca* tenía refugiados de la segunda guerra mundial, pero

entonces allí mandaba Franco, que no era una buena referencia ni tan siquiera para el cine de Hollywood. La ciudad de Casablanca fue asolada por el terremoto de 1775, de modo que apenas tiene historia. Tánger, en cambio, conserva al aire libre las tumbas de los fundadores fenicios excavadas en el acantilado donde está el cafetín Haffa, en cuyas estrechas terrazas suspendidas sobre el mar hay que tomar el té con menta frente a la costa española. Algunos, entre sorbo y sorbo, exhalan humo plácido. Así pues, fue tangerino el amor imposible de Humphry Bogart e Ingrid Bergman, mientras Sam tocaba al piano *as time goes by*.

Sí, Sam, hay que ver cómo pasa el tiempo. El viajero viene a celebrar el día del libro con los bachilleres del instituto Severo Ochoa. Este 23 de abril de 2005 es muy especial, porque se cumplen cuatrocientos años de la muerte de “el manco sano, el famoso de los pies a la cabeza, el escritor alegre, regocijo de las musas”. Esto escribió Cervantes, burlándose de sí mismo, con un pie en el estribo, a tres días del viaje final, hinchado porque bebía un Danubio y solo orinaba un Manzanares. Los estudiantes esperan al adaptador de *El Quijote*, una edición de Vicens Vives con ilustraciones excelentes del artista húngaro Victor G. Ambrus. La han leído por obligación porque el original sería para ellos muy difícil, un castigo. Desde los diez años los niños españoles solo leen por obligación.

—Jo, profe, no se entiende —dirían.

No pidamos cotufas en el golfo. La lengua literaria de 1600 es medio incomprendible para los bachilleres de hoy. También es cierto que los pequeños lectores más tenaces y entusiastas aflojan a partir de los diez años. Y la pedagogía progresa de hoy requiere que el alumno “aprenda a aprender” —¡qué bien suena! —, y que los maestros y profesores —ejem, palabras proscritas: digan docentes— se lo den todo migadito. Avezados a tabletas y móviles

el libro es para estos chicos un objeto anticuado porque no tiene cables, ni pilas, ni auriculares, ni mando a distancia.

Los dos centros educativos de España en Tánger honran a dos científicos. La profesora que presente al adaptador cervantino dirá de él que es “enseñante”, y novelista y asturiano como Severo Ochoa. El científico luarqués nunca estuvo en Tánger, pero está bien que dé su nombre al instituto. Al lado está el colegio de párvulos y primaria que se llama Ramón y Cajal. Como en España los hombres de ciencia importantes se pueden contar con los dedos de la mano, los centros escolares llevan nombre de poetas, pintores, alcaldes y gerifaltes de la comarca. De los Pirineos para abajo la ciencia no ha encontrado asiento — ique inventen ello”, decía Unamuno—, es cierto que la patria del científico es la razón y no el sentimentalismo o las fantasías del arte.

Por otra parte, ¿qué hubiera pintado un científico en esta ciudad en los años 50? Los primeros en descubrirla fueron los pintores Matisse y Delacroix, que encontraron en la kasbah el tipismo colorista del mundo árabe, cuando la ciudad era una montañita de cubos blancos. Luego vinieron Cocteau y otros poetas. En los 50 Paul Bowles, el de *El cielo protector*, que andaba vestido con chilaba o kaftán, atrajo a la generación *beat* americana, a escritores y artistas que huían del sistema y buscaban el misticismo oriental o los placeres del kif, el alcohol y el sexo barato, a menudo pedófilo. Los millonarios Barbara Hutton y Malcom Forbes ofrecían fiestas a famosos y artistas que se hospedaban en el lujoso hotel *Minzah*, junto al zoco medieval, donde hoy día rifeñas taciturnas venden sus humildes productos de huerta, los artesanos tejen alfombras en el Fondouk, los hombres meditan en los cafetines y discurre el tutilimundi de la vida callejera. Los escritores españoles eran otra cosa. En Tánger pasó su niñez José Luis Sampedro y vivió cinco años Carmen Laforet, pero el mejor novelista de la ciudad salió con miles de

españoles tras la independencia y vino a morir de pobre y alcohólico en una pensión de Madrid. Fue Ángel Vázquez, el autor de *La vida perra de Juanita Narbona*.

Hip hop de don Quijote y Sancho

El instituto Severo Ochoa tiene un gran parque junto al palacete del cónsul español. Sus trescientos alumnos pertenecen a las “mejores” familias de la ciudad, todos hablan cuatro idiomas y acuden con los padres a los actos de la semana cultural. Por la mañana han escuchado con atención la disertación del visitante sobre la actualidad de los clásicos, y por la tarde una docena de ellos representa un *Quijote* a ritmo de *hip-hop* con silbidos de entusiasmo y vibrantes chillidos como los que hacen las mujeres moras con la lengua, que Cervantes llamaba alilís. *Risum teneatis* (o sea, no os descojonéis de risa): el caballero de la Triste Figura, armado de morrión, espada y rodela, es un rapero que desafía con descoyuntamiento corporal y ripios rimados a un fiero gigante malandrín. Un coro muy bien concertado los arroja. Luego un grupito de primero representa con lujoso vestuario escenas de *La venganza de don Mendo*, aunque no captan algunos chistes. “¡Para lavar nuestro honor, henos de Pravia, señor”. Los escolares del Severo Ochoa son privilegiados, algunos estudiarán una licenciatura en Granada, otros en una universidad francesa. Pero Marruecos es un país lleno de niños con un porvenir difícil. En la playa un enjambre de chiquillos corre tras un bolón, alguno con la camiseta de Messi, otros con la de Ronaldo. Al profesor visitante le informarán sus colegas que los adolescentes tangerinos están aún muy arraigados en familia, conversan en pandilla y ninguno fuma, bebe, se droga o conoce el botellón sabático. ¿Diríamos que están atrasados?

Tánger es la puerta de Marruecos. A diferencia de su padre, que castigó el norte del país, el rey Mohamed VI impulsó desde el principio de su reinado el desarrollo del territorio que va de

Tánger a Nador. Entonces acudía a menudo a rezar en la mezquita nueva, cuya torre es copia de la Giralda, escoltado por un escuadrón de jinetes con capas blancas y airosos penachos. La ciudad vive hoy la fiebre constructora de casas en vaguadas y altozanos, hoteles de cuatro estrellas en el paseo marítimo y un puerto descomunal para hacerla competencia a Algeciras.

Al día siguiente del recuerdo cervantino el viajero zascandilea por la medina. Toma un té con menta en el café París, recorre las tortuosas callejas, visita la plaza del pescado y pasa ante el gran teatro Cervantes, inaugurado en 1913 con nada menos que 1400 butacas. Por él pasó la flor y nata de la escena y de la copla, desde la Caballé a Juanito Valderrama, como contrapunto a la ciudad cosmopolita de los 50. Hoy el edificio es una ruina tras la gran fachada de azulejos, y lo pueblan, a parecer, ratas tan grandes como liebres. El Estado español lo ha vendido por un euro a Marruecos, aunque la noticia no habla de vente, sino de “donación irrevocable”, con el compromiso de su restauración. El teatro, cuatro bares y las pensiones Córdoba y La Castellana son lo único que queda de aquel llamado “Protectorado”.

Y por la tarde, el regreso. El ferry se aleja del puerto tangerino, pero la vista de la ciudad no es la misma cuando te acercas que cuando te alejas y te despidas, como ocurre en cualquier viaje, incluso en el viaje del amor, cuyo final siempre está escrito. Viajar, ver y ¿volver?

Para viajero, el tangerino Ibn Batutta, cuya tumba se halla en un callejón muy pendiente y sin salida. *Ibn* en árabe es lo mismo que *ben*, significa “hijo de”, y se antepone al nombre del padre, como en español el sufijo *-ez* de Martínez, López, Pérez (hijo de Matín, Pedro, Lope...). Ibn Batutta salió de casa el 13 de junio de 1325 para cumplir el *hach* o *hajj*, la peregrinación a la Meca, y no regresó hasta 1353, a punto de cumplir los cincuenta. Nada tiene que envidiar a Marco Polo. El tangerino llegó a Etiopía y Mombasa (Kenia), subió a Persia, siguió a la India, fue

hasta Sumatra y subió por Vietnam hasta cerca de Shanghai, en China. Visitó Samarcanda y Constantinopla, y antes de volver a Tángr pasó por Cerdeña. Años después haría una incursión en Al-Andalus y cruzaría el Sahara hasta Mali, enrolado en una caravana de beduinos. Pero ¿de qué sirve un viaje tan extraordinario si no se cuenta? Viajar para contarlo, he ahí uno de los alicientes del viaje, de cualquier viaje. En Bujará (Uzbekistán) Battuta perdió el cuaderno, o se lo robaron, pero gracias a su prodigiosa memoria pudo escribir una larga *rihla* o crónica con infinidad de datos de los lugares visitados y alguno que otro personal. Por ejemplo cuenta la subida al “pico de Adán”, una montaña cucurucho de Ceilán —hoy Sri Lanka—, de más de 2.000 metros, cuya cima sagrada escalan peldaño a peldaño.

cantando, los peregrinos hindúes para dejar sus ofrendas a Buda. La escalera —anota Battuta— tiene en muchos tramos un pasamanos de hierro.

En las islas Maldivas el viajero tangerino ejerció de cadí, oficio de su padre, y valiéndose de su autoridad de juez religioso aplicó con rigor la mora musulmana



hasta

Ibn Battuta (1304-1369), el mayor viajero medieval, autor de una formidable crónica

lograr que las mujeres no anduviesen con los pechos al aire. Allí tuvo cuatro mujeres, “aparte de las esclavas”, y a todas les hacía la ronda diaria, pasando luego la noche con la que le correspondía por turno; y esto, durante el año y medio que estuve allí” (*sic*). Todo esto sobre el cronista viajero se ha sacado de internet. y el cuchillo de don Alonso.

El ferry entra despacito en el puerto de Tánger, abierto casi bajo el castillo en el que el alcaide Alonso Pérez de Guzmán prefirió sacrificar a su hijo que estaba preso de los musulmanes antes que entregar la plaza. Parece que les tiró su cuchillo desde el torreón octogonal para que lo mataran en un gesto no sé si de desesperación o arrogancia. Esto ocurrió en 1294.

El viajero adaptador de libros pasa la aduana sin problemas y con el propósito de viajar por el libro del Ibn Battuta, que se tradujo por primera vez al castellano en 1891. Será un viaje largo y exótico, como esos que anuncian “todo incluido. Sospecha que, aunque sea una escapada al mundo medieval, viajar al pasado es, sin embargo, viajar en el presente.



